

TEOBALDO FILESI: *La Colonizzazione bianca del Kenia*. Estratti da «L'Universo»; XXXV, 3 y XXXVI, 1; 35 págs., 27 fotografías, 1 mapa. Firenze, 1956.

En la tesis mantenida por el Dr. Filesi, el origen del «drama de Kenya» radica en la declaración del Gobierno imperial británico de que todas las tierras pasaban a ser propiedad de la Corona. La Gran Bretaña había proclamado en 1895 su protectorado sobre el territorio comprendido entre el Océano Indico y el Rift Valey liquidando con 25.000 libras esterlinas la (I. B. E. A.) «Imperial British East Africa Chartered Company». Sir Charles Eliot había sido nombrado Alto Comisario para el Africa Oriental y por su voluntad, la vasta región al Norte de Nairobi constituyó la nueva provincia de Kenya que parecía prestarse mejor a una colonización europea. La solución parecía consistir en «poblar las amplias zonas no ocupadas, a lo largo del ferrocarril, por colonos que producirían cosechas que el ferrocarril transportaría a la Costa cambiándolas por material agrícola y otros bienes». La decisión del Gobierno de transferir a la Corona las tierras Wa-Kikuyu era la consecuencia lógica de tal política y fué llevada a su extremo al no considerar si fueran o no tierras ocupadas y que, en lo sucesivo, toda solicitud de concesión debía ser resuelta por el Gobierno. Las normas genéricas formuladas por el I. B. E. A. en 1894 para la concesión de tierras fueron, en 1897, reemplazadas por un reglamento firmado por el primer Alto Comisario, Sir Arthur Hardinge. En el decreto se estipulaba la cesión de tierras laborables por noventa y nueve años con la restricción de que las que fuesen explotadas por nativos no podrían ser cedidas a colonos europeos. El nombramiento de Sir Charles Eliot destruyó la sabia política iniciada. Las restricciones aludidas no podían ser un obstáculo para su ambicioso proyecto de colonización blanca del altiplano. Así, en

1902, había hecho «tabula rasa» de todas las normas precedentes en materia de propiedad de tierras agrícolas. Es más, de no haber mediado enmiendas del Foreign Office, las normas redactadas por Eliot hubieran sido aún más perjudiciales para los nativos. Nos encontramos, pues --al enjuiciar la obra de Eliot--, ante una expoliación sin precedentes que debía crear, a largo plazo, una general explosión anticolonialista. Las tierras que secularmente habían pertenecido a los Wa-Kikuyu se vieron invadidas por una legión de colonos blancos atraídos por Eliot y su «Lands and Survey Department». De las proporciones que adquirió la inmigración occidental da idea el hecho de que los colonos de Kenya que eran treinta en 1900, en 1905 se aproximaban al millar, de ellos, 600 boers procedentes de Sudáfrica. A diversas Sociedades fueron concedidas áreas vastísimas: 350.000 acres a la Uplands of East African Syndicate Limited, 320.000 acres a la East African Syndicate, 200.000 a la Grogan Forest Concessions y a Lord Delamere otros 200.000 acres. Tal es el balance de la etapa de mando de un funesto gobernante. El régimen de propiedad de la tierra entre las tribus agrícolas autóctonas, anteriormente al Protectorado, era singularmente complejo y su aclaración reviste una formidable importancia por cuanto puede justificar o condenar el acto de confiscación de todas las tierras en favor de la Corona, atenuando o agravando la política adoptada en la materia. El hecho cierto es que no está clara la propiedad de las tierras entre los Kikuyu (la tribu agrícola, por excelencia). A pesar de que algunos expertos insisten sobre el concepto de la propiedad colectiva, otros mantienen el hecho de una propiedad individual y familiar que llega a revestir el aspecto de hereditabilidad de la tierra. El Dr. Filesi analiza detalladamente ambas hipótesis con criterio altamente objetivo. Las palabras de Jomo Kenyata (en su *Facing Mount Kenya*) y la versión Kikuyu de que la tierra pasaba a los hijos y que podía ser objeto de venta o cesión tienden a demostrar que la tierra no era posesión de la tribu. El Dr. Filesi cree que se trataba de una posesión colectiva e individual simultáneamente. Los caudillos Kikuyu se han situado a la cabeza de un movimiento de reivindicación de todas las tierras, considerando que la posesión de las tierras representa el único campo verdaderamente sensible y, por ello, capaz de atenuar sentimientos violentos y odios de raza incontrolables. A los ojos de los fautores de la colonización europea de Kenya las tierras de los Wa-Kikuyu

presentaban todas las condiciones positivas para ser utilizadas: fertilidad superior, abundancia de lluvias y de cursos de agua y proximidad al ferrocarril. Fueron, así, el blanco de los apetitos y el primer objetivo de los ambiciosos programas de Eliot. Se ha demostrado, también, que en muchos casos de expropiación las Autoridades gubernamentales ofrecieron indemnización a los nativos y se ha argumentado la existencia de grandes extensiones deshabitadas en las que se inició el asentamiento de los colonos blancos. La decisión gubernamental de disminuir los territorios habitados por africanos debía crear agudos problemas, aunque no fuese nada más que por el normal crecimiento demográfico. La aplicación de la «Poll tax» acrecentaba la gravedad de la situación y todo ello determinaba que los africanos se vieran forzados a lo que, tal vez, espontáneamente, no hubieran hecho nunca: trabajar para los europeos. El problema de la mano de obra ha sido siempre, en Africa, un problema actual y de difícil solución puesto que los africanos han resistido generalmente a trabajar por fines ajenos a sus más indispensables necesidades familiares. En Kenya mientras el número de colonos blancos no fué muy elevado, esta deficiencia se hizo notar poco, pero ya en 1908 los colonos advirtieron sus efectos y comenzaron a reclamar del Gobierno medidas enérgicas que —de no haber sido por la intervención de los Misioneros y la acción moderadora del Foreign Office— hubieron provocado la introducción del trabajo forzado, es decir, a la introducción de una nueva forma de esclavitud. Pero si el trabajo forzado no fué impuesto, las medidas indirectas —y en particular la drástica política fiscal— adoptada por el Gobierno para favorecer el enriquecimiento de los colonos acabaron por resolverse igualmente en una forma de obligatoriedad al trabajo para los africanos. El sistema de los impuestos se reveló eficaz para ese objetivo. «Consideramos —afirmaba en 1913 Sir Percy Girouard, Gobernador de Kenya— los impuestos como el único remedio posible para obligar al nativo a dejar sus «reservas» y marchar en busca de trabajo. Al elevar los salarios no aumentaría, sino que disminuiría la aportación de mano de obra, puesto que ahorrando un poco los nativos podrían, en poco tiempo, hallarse en condiciones de pagar sus impuestos y es preciso disponer de trabajadores constantes». Bastará decir que el salario de cuatro o cinco meses de trabajo debía dedicarse íntegramente al pago de los impuestos. En resumen: la pérdida de las tierras, el reclutamiento

de mano de obra en condiciones abusivas, las altas presiones fiscales y los bajos salarios representan las cuatro cargas que gravitaban sobre las poblaciones agrícolas nativas mediante la política de colonización. Los alegatos del Dr. Filesi son contundentes y se hallan claramente expuestos. El experimento de la Colonización del Kenya es, en cierto modo, desconcertante. Cuando el Gobierno, para corregir el rumbo peligroso de su política, intentó adoptar algún procedimiento para mitigar las condiciones de los nativos, se halló prisionero de su propia política. Los colonos se hicieron fuertes en las posiciones conquistadas y rechazaron todo compromiso que pudiera lesionar, siquiera fuera mínimamente, sus intereses. Lord Delamere —que fué asesor sucesivamente de Sir Charles Eliot, Sir Percy Girouard y Sir Edwar Northey— logró hacer de Kenya una colonia gobernada por sus residentes europeos. En esa especie de «círculo vicioso de la responsabilidad» los únicos que verdaderamente sufrieron las consecuencias fueron los nativos.

En la segunda parte, «Los indígenas de Kenya y el problema del Mau-Mau», el Dr. Filesi analiza concienzudamente las características del movimiento rebelde al que considera, en su aspecto juramental, como expresión de las creencias mágico-religiosas de los Wa-Kikuyu. En cuanto a su origen expresa la opinión de que Africa se ha despertado bajo la acción de muchos estímulos. De un lado, las reformas sociales, la elevación del nivel de vida de los nativos, la formación de una vasta clase de africanos evolucionados, ha promovido en las poblaciones dependientes al deseo de emanciparse y ha creado aspiraciones, deseos y ambiciones no controladas. De otro lado, la propaganda exterior, especialmente la comunista, ha inculcado en los nativos el germen de la intolerancia y la rebelión hacia las potencias coloniales. En otro término, el reverdecer de complejos atávicos de carácter mágico-racial-religioso que, a través de la acción de las sectas, partidos y movimientos terroristas aspiran a realizar un programa radical para restituir Africa a los africanos sin compromisos ni comunidad de intereses con la raza blanca. Tales motivos, en opinión del Dr. Filesi, se hallan presentes en el movimiento Mau-Mau.

JULIO COLA ALBERIGH

FÉLIX GARAS: *Bourguiba et la naissance d'une nation*. Julliard, París, 1956, 286 págs.

M. Félix Garas es fundador del «Comité d'Etudes des problèmes d'Outre-Mer», presidido por el General Catroux y miembro del Comité France-Magreb. Estas indicaciones son reveladoras de la postura adoptada por el autor de «*Bourguiba et la naissance d'une nation*» para considerar el mundo aún dependiente o independizado: de inteligente conformidad ante una evolución irrefrenable y de adaptación a las nuevas situaciones para encauzarlas y sacar de ellas cuanto pueden dar de sí en provecho de su patria.

Esta impresión se impone desde las primeras páginas de la obra, que se inicia con una justificación titulada: «¿Por qué este libro?» Es una interesante síntesis del pensamiento de M. Garas respecto a los problemas del mundo antes dependiente, muchos de los cuales subsisten pese a la desvinculación jurídica y política. «Si la liberación nacional no va acompañada de una liberación económica, social y humana —dice— sólo es un engaño. El colonizador y el colonizado de ayer deberán, pues, apegarse a una obra común y recorrer juntos un buen trecho de camino antes de separarse. Incluso ¿es necesario que se separen del todo?»

Exponer a los franceses las fases a través de las cuales se ha convertido en nación una Tunicia que antes del Protectorado sólo era un Estado y llevarlos a considerar con simpatía el eventual compañero de camino, centrandó la atención en Habib Bourguiba, artífice máximo del nacionalismo tunecino, son los objetivos esenciales perseguidos en «*Bourguiba et la naissance d'une nation*». Para lograrlos, M. Garas pone a Habib Bourguiba y al Neo Destur a buena luz. La buena luz para una publicación destinada al público francés es la que emana de determinado esquema conceptual. Es una pequeña treta que estimamos natural y hasta lógica. Pero la tendencia al subjetivismo nacional, o retoque del modelo «pour les besoins de la cause», mengua un tanto el valor absoluto de una obra que el lector ajeno a estas necesidades dialécticas hubiera deseado más ceñida a la realidad que se desprende de hechos incuestionables. Es este el reverso, que no nos convence, de «*Bourguiba et la naissance d'une nation*». Su anverso, siempre entreverado de reverso, es la exposición concisa de una serie de antecedentes —rápidamente esbozados en lo histórico

hasta el Tratado de El Bardo (1881)— y acontecimientos que se recogen con más detalle a medida que se aproximan a la actualidad (la obra fué terminada en 30 de marzo de 1956). Todo ello se refiere directa o indirectamente al nacionalismo tunecino, que sólo empezó a ser vaga realidad operante después de la Convención de La Marsa (1883), es decir, cuando la acción de Francia empezó a centrarse en el supuesto de la no existencia de Tunicia como nación soberana, lo cual era jurídicamente inexacto. Pero la presión de Francia —en Tunicia como en otros lugares— condujo a los tunecinos a tomar conciencia de su existencia en cuanto súbditos de una nación virtual. Ese acontecimiento, que tiene trascendencia histórica, no fué obra espontánea ni afectó desde un principio a todos los tunecinos. Fué un fenómeno que se dió primero en minorías intelectuales, no muy coherentes ni armadas de una doctrina y, además, vueltas hacia Oriente. Esos pequeños grupos tácticamente unidos o divididos por querellas de tipo personal, fueron preparando el terreno. Habib Burguiba, cuya biografía se confunde casi totalmente con la historia del Neo Destur, fué quien supo despertar la amorfa masa popular, sacudir a la burguesía conformista, crear, por tanto, una comunidad. Al mismo tiempo, supo señalar metas precisas, posibles de lograr, aunque fuera por etapas rechazadas dignamente por el Viejo Destur anquilosado, etapas que su habilidad política ha sabido acortar, extremo éste sobre el que M. Garas pasa sin insistir. Las luchas iniciales, la consolidación de una doctrina clara y eficiente desde el principio, posteriormente enriquecida por la experiencia, las alternativas de esperanza y desesperanza, la creación del sindicalismo, valioso auxiliar del Neo Destur, los sufrimientos, detenciones, actividades y triunfo de Habib Burguiba y su partido —ambas cosas se confunden—, he aquí lo que aparece en el primer plano de la obra que reseñamos.

Pero su auténtica finalidad desborda del marco de lo informativo y biográfico. Pretende que los franceses no vean en Habib Burguiba y el Neo Destur enemigos natos por el mero hecho de que han combatido y combaten por su nación, cosa que Francia no ha cesado de hacer desde hace siglos, de lo cual saca un justo orgullo. Es esta secreta intención la que lleva M. Garas a poner el acento sobre el aspecto «amigo de Francia» del «leader» del Neo Destur y actual Jefe del Gobierno de Tunicia. Con ello, M. Garas no llama a engaño a sus lectores. El patriotismo de Habib Burguiba es compatible con

la amistad personal hacia Francia y en lo político actual con la comprensión de que su país necesita de la antigua protectora, que más que ninguna otra potencia es la indicada para ayudar a Tunicia a conquistar su auténtica libertad y dignidad nacional. No obstante, estimamos que la preocupación de no herir la quisquillosidad patriótica de ciertos sectores franceses ha incitado a M. Garas a pintar el Neo Destur y a Habib Burguiba en la perspectiva favorable a Francia, es decir, facilitando una versión francesa libre de la doctrina y actuación política del «Combatiente Supremo» y prestando al Neo Destur un perfil de partido democrático occidental cuya sola originalidad resultaría de que es el único prácticamente operante en Tunicia. Esto no lo negaría la oposición, afortunadamente neutralizada, y que no era tan menguada como puede deducirse de «Burguiba et la naissance d'une nation», «Democracia» y «democrático» son palabras que aparecen con cansina reiteración en esta obra. Bien es verdad que para muchos franceses fuera de la democracia no hay salvación posible y M. Garas desea sinceramente la salvación de Tunicia. Además, M. Garas no define qué entiende por democracia. De ahí que pueda calificar de «soberano democrático» (pág. 135) a Muncif Bey, que auguraba a sus súbditos: «Serviréis todos a mis órdenes con la espada en el pescuezo» (pág. 135). M. Garas es quizás un fino humorista. Y acaso un maniqueo que se ignora. Un ejemplo al azar: los colaboracionistas franceses se confunden con los colonialistas, los «malos» que oprimieron a Tunicia. En los resistentes, los «buenos», radicaba la justicia y el culto de la libertad. Pero los resistentes estuvieron diez años en el poder antes de darse por aludidos cuando Tunicia, a gritos y tiros, pedía la independencia. Y —¡ay paradoja!— el General Rime-Bruneau, que tanto enredó al frente de «Presencia Francesa» en Tunicia, había sido jefe de una red de resistencia...

Siempre en la línea del maquinaísmo, M. Daras da por «malos» a todos los partidarios del Eje durante la guerra y por «buenos» a los aliadófilos. Aplicando el sistema cartesiano: los tunecinos son dignos de ser amados y ayudados, luego eran aliadófilos. La parte de «Bourguiba et la naissance d'une nation» relativa a la Segunda Guerra mundial es donde más hábilmente se soslayan, omiten, evitan y trastocan los hechos. Por tanto, es la más discutible y rebatible. Antes que partidarios de éste o aquél contendiente, los tunecinos eran —y

siguen siendo— partidarios de la independencia de su país y el Neo Destur un partido con políticos muy agudos. Habib Burguiba y el Neo Destur eran demasiado patriotas y políticos para «jugar la carta de los aliados por simpatía hacia las democracias y porque creían en su victoria». Sólo la jugaron oportunamente, sencillamente porque no eran tontos. De ahí que Habib Burguiba no se comprometiera cuando en enero de 1943 (después del desembarco aliado en el Norte de Africa y los descalabros del Eje de Africa) fué liberado y trasladado a Roma. La suerte bélica era ya demasiado adversa al Eje para no aconsejar prudencia. Lo era tanto que el grupo neo desturiano operante en Berlín —pese a quien pese— fué rompiendo contactos con suavidad... Lo capitaneaba el Dr. Thamer, sustituto de Habib Burguiba, detenido. Los motivos de su salida de Tunicia, según los relató amistosamente a la autora de esta reseña, difieren sensiblemente de los aducidos por M. Garas que señala de pasada «fué liberado en 1941» y no vuelve a preocuparse de esta figura importante del Neo Destur, «pour les besoins de la cause».

Adviértase que la causa que defiende M. Garas nos parece justa y razonable, luego, digna de ser defendida. Es la de la amistad comprensiva y la ayuda de la antigua protectora a la joven nación. Este alto fin necesita que las premisas sean adaptadas a las mentes francesas. El fin justifica los medios, aun cuando no sea muy sutil el hilo que ensambla estos trozos de pasado y presente debidamente teñidos con los colores franceses.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

PEDRO M. MONTAVEZ: *La escuela siro-americana*. Colección «Itimad» de la editora Al-Motami. Tetuán (Marruecos), 1956.

La colección «Itimad» nos presenta esta vez la obra de un joven y prometedor arabista: Pedro Martínez Montavez. La afición de este autor por los temas arábigos parece proceder ya de sus primeros tiempos en la Facultad de Letras de Madrid y semeja ser tan duradera y fecunda como permite suponer el hecho de que lograra un premio extraordinario en la Universidad con la presentación de un trabajo sobre cuestiones árabes, que le hizo alcanzar el Grado

con los mayores honores. Este estudio se llamaba «Los Emires y Califas cordobeses a través de las fuentes cristianas. Cotejo con las crónicas musulmanas de la época».

Desde entonces su labor se ha ido multiplicando en diferentes colaboraciones en revistas y editoriales, aumentando en cantidad y en calidad, hasta llegar a la obra que hoy nos ocupa.

Es un libro de reducidas páginas, pero de extraordinario interés para los arabistas. El tema de la obra es la escuela poética que nació de aquellos grupos de escritores árabes que abandonando las tierras maternas anduvieron errantes, lejos de sus países durante la mayor parte de su vida. Establecieron su residencia en América del Norte o del Sur y así perdieron casi por completo las relaciones literarias con los principales centros artísticos del Islam. A pesar de ello no dejaron de escribir en su idioma materno y se lanzaron a la producción literaria con un amor extraordinario por la lengua propia y un ansia de renovación esperanzadoras.

La poesía árabe ha venido sufriendo una decadencia progresiva hasta que a principios de nuestro siglo se pusieron las bases de un verdadero despertar literario. La escuela siro-americana representa precisamente esto: un renacer de las letras árabes. Pero un renacer rebelde, disgregado, opuesto a las normas de la tradición poética árabe en que cada autor escribe a su gusto sin someterse a reglas ni límite alguno.

Nos cuenta el autor cómo las circunstancias político-sociales del momento obligaron a estos escritores a abandonar sus países a comienzos de siglo y cómo se reunieron en el exilio para formar asociaciones literarias, tales como la famosa «Rábita al Qalamiyya» de Nueva York, fundada en 1920 por Yubran Jalil Yubran; el «Grupo Andaluz» del Brasil y tantas otras.

La escuela siro-americana extendió desde entonces su influencia por los medios literarios árabes. Los principios en que se basa y las innovaciones que trae, serán la semilla de la que surgirá la nueva poesía árabe.

Después de la muerte de Yubran Jalil parece ser que la escuela perdió toda su fuerza y personalidad, separándose los autores que la componían. Sin embargo, la obra de la Rábita al Qalamiyya sigue siendo hoy día fundamental, según asegura el autor.

Siguiendo el plan de la obra se dedica un capítulo a los prin-

cipios e innovaciones que introdujo la escuela y se señalan las tres bases fundamentales expresadas por Wadia Dib: la Nostalgia, el Pensamiento y el Ansia de Libertad. Según el autor, también es importante característica de esta escuela, por aparecer por primera vez en la poesía oriental, el Humanismo.

A continuación ofrece el señor Montavez una biografía breve de cada uno de los poetas siguientes que pertenecieron a la escuela siroamericana: Yubran Jalil Yubran, Mijail Naima, Iliya Abu Madi, Rachid Ayyub, Nasib Arida y Nadrah Haddad.

Todo lo anteriormente expuesto compone lo que pudiéramos llamar primera parte de la obra, es decir, un estudio histórico-científico de lo que fué y lo que representó la escuela de que se trata.

La exposición de todos estos datos es breve, quizá demasiado breve para el interés del tema, pero concebido con una sencillez y claridad que quisieran para sí muchos de los que hoy día se dedican a escribir libros. La facilidad de pluma de Pedro Montavez revela bien a las claras su vocación literaria, que se aprecia no sólo en su prosa, sino también en la forma de traducir los poemas, empleando para ello un fino sentido poético.

Lo que daremos en llamar segunda parte del libro se compone de una antología de textos de los autores mencionados y su traducción en castellano. La mayoría de los fragmentos recopilados son poemas, pero también hay entremezclados algunos trozos de prosa, como el titulado «La canción de la lluvia» y «El tiempo», ambos de Yubran Jalil.

La característica más acusada de la traducción es la desigualdad. En efecto, mientras algunas de las composiciones vertidas al español evidencian una perfecta comprensión del significado y peso de las frases (v. g., la Religión, Hermano), otras, por el contrario, no alcanzan el sentido de las oraciones, bajando así la traducción notablemente de calidad. En general, puede decirse que los defectos que perturban la traducción son escasos, pero creemos que los pocos que hay hubieran sido fácilmente evitados por un arabista de la categoría de Montavez si hubiera prestado mayor atención al sentido general de algunos párrafos, lo que le hubiera revelado, a no dudar, la inexactitud de su versión. Pongamos un ejemplo de cómo una distracción puede estropear el sentido de un párrafo. En efecto: sólo como distracción puede considerarse el hecho de que el autor confunda la

palabra «haql» (campo) con la palabra «jalp» (creación). Se trata de la primera composición titulada «Canción de la lluvia». A causa del desliz antes dicho, la frase «...y adorna conmigo los campos» la traduce por «... y golpea conmigo a las criaturas». Aquí se aprecia la confusión de la palabra «campos» con la palabra «criaturas» derivadas de «campo» y «creación». Aparte de ello traduce el verbo «ras» por «golpear», pero ocurre que este verbo significa sólo golpear en el sentido de incrustar, trabajar o engarzar piedras preciosas y cualquier otro género de decoración de objetos, es decir, en sentido general, «adornar». Parecidas causas le hacen traducir del siguiente modo una frase de otra composición; «... el Sol es un enfermo que ha ceñido su amarilla frente» en cuya versión original no aparece por ningún lado la palabra «enfermo», ni siquiera es éste el significado general de la frase que podríamos traducir libremente por «... el Sol aparece amarillo tras ellas (las nubes) ciñéndose la frente».

Algunos otros pequeños errores de análoga índole aparecen en otras composiciones, pero, afortunadamente, su número es escaso.

Lo que se acaba de decir no supone en modo alguno una crítica desfavorable, antes al contrario, se pretende hacer resaltar que al lado de estos pequeños defectos hay toda una masa de traducciones acertadísimas.

JESÚS RIOSALIDO

NOTICIA DE LIBROS

